Lenguaje y genocidio

RAMÓN GARRIDO NOMBELA
Oficina de Interpretación de Lenguas
Ministerio de Asuntos Exteriores

Desconocen el desasosiego que atormenta a los
que suelen preguntarse: ¿seguro que tengo razón?
R. KAPUSCINSKI
Hoy tengo mucho, mucho que hacer:
he de matar la memoria…
ANNA AJMÁTOVA

Este congreso tiene como centro la traducción, y la materia prima de esta es el lenguaje. Hablemos, pues, de lenguaje. Hablemos de genocidio y de lenguaje, en otras palabras, de la lengua como instrumento de aniquilación del semejante. Cabe pensar que, al final, quedarán muchas más preguntas en el aire que respuestas ofrecidas.

La lengua humana es un fenómeno proteico, en palabra que gustaba mucho a Baroja. Entre sus muchas manifestaciones, existe una dimensión emocional y otra jurídica, y es inevitable referirse a ellas al hablar del genocidio. Sobre ellas han hablado ya muchos y de forma muy autorizada. Quizá se haya mencionado menos su dimensión moral, algo sobre lo que nos detendremos más adelante.

El genocidio, definido en nuestro código penal[1] como una serie de actos cuya finalidad es destruir total o parcialmente a grupos étnicos,

[1] Artículo 607.
1. Los que, con propósito de destruir total o parcialmente a un grupo nacional, étnico, racial o religioso, perpetraren alguno de los actos siguientes, serán castigados:
Con la pena de prisión de quince a veinte años, si mataran a alguno de sus miembros.
Si concurrieran en el hecho dos o más circunstancias agravantes, se impondrá la pena superior en grado. [*continúa en págtina siguiente*]
Con la prisión de quince a veinte años, si agredieran sexualmente a alguno de sus miembros o produjeran alguna de las lesiones previstas en el artículo 149.
Con la prisión de ocho a quince años, si sometieran al grupo o a cualquiera de sus individuos a condiciones de existencia que pongan en peligro su vida o perturben gravemente su salud, o cuando les produjeran algunas de las lesiones previstas en el artículo 150.

raciales, nacionales o religiosos, es el escalón supremo, quizá mejor el abismo más atroz, que ha alcanzado el ser humano, considerado como sujeto histórico: la destrucción del semejante por el mero hecho de su pertenencia a otra tribu, por su mera ajenidad.

Tribalismo y genocidio caminan de la mano por los senderos más tenebrosos de la historia. Naturalmente, sus ecos resuenan en los salones más cultivados del suelo europeo tanto como en los enclaves más recónditos de una selva o pantano remotos. Ya sabemos que el acceso a las claves de la tribu es esencialmente lingüístico. Mucho antes que otros, George Orwell detectó las formas insidiosas con que la tribu política desvirtúa el lenguaje para retorcer su significado, para vaciarlo, para trazar con sangre la línea entre ellos y nosotros. Una primera pregunta sería ¿cuánto hemos avanzado desde cualquier fecha que fijemos arbitrariamente?

Además, si entendemos la historia del género humano como la del progreso técnico-científico, hay entonces que volver a Nietschze, que observó desapasionado que ciencia y barbarie se combinan sin estridencia alguna, y ello sin haber sido testigo de la siniestra traca final que supuso el siglo XX. No es raro que alguien haya hablado de «El siglo XX y otras calamidades» (marqués de Tamarón).

El genocidio es lenguaje y es silencio.

Es lenguaje, porque los regímenes dictatoriales más sanguinarios, la Alemania nazi, la Unión Soviética estalinista, la Kampuchea de los jemeres rojos, la China de la Revolución Cultural, transgredieron sistemáticamente los códigos semánticos para crear una realidad revestida de imágenes utópicas: por debajo latía el horror. Las utopías del siglo XX trajeron de la mano cientos de miles de muertos. Unas y otras enfangaron el noble afán utópico. El lenguaje fue el lubricante que engrasaba la maquinaria mortífera. Veremos con más detalle este esfuerzo deliberado de sustracción de la verdad.

Aunque parezca obvio, hay que volver a recordar, siquiera fugazmente, los siniestros malabarismos lingüísticos del régimen nazi, algunos de los mejores subterfugios jamás concebidos para ocultar el horror: Siniestros eufemismos, como las «luchas defensivas» (*Abwehrkampf*), que desde

Con la misma pena, si llevaran a cabo desplazamientos forzosos del grupo o sus miembros, adoptaran cualquier medida que tienda a impedir su género de vida o reproducción, o bien trasladaran por la fuerza individuos de un grupo a otro.

Con la de prisión de cuatro a ocho años, si produjeran cualquier otra lesión distinta de las señaladas en los números 2 y 3 de este apartado.

1933 designaban las campañas antisemitas; o las lúgubres «unidades de reinstalación» (*Aussiedlungskommandos*), que no eran sino escuadrones de ejecución que seguían la trayectoria de las tropas. Si entramos en el demencial universo de los campos de concentración (un universo moral en sí mismo, como señalaba Primo Levi), estos se situaban en un lugar inconcreto, indefinido, que no era sino la metáfora de la perdición: «el este», la difusa encarnación geográfica de la aniquilación. Por seguir con la imaginería viajera, la «sala de espera» (*Abfahrthalle*), como las de las estaciones, designaba en la parla nazi a la antecámara de gas.

El genocidio es silencio: el silencio es la expresión muda de la violación del lenguaje, es la reducción de la persona a mero receptor de órdenes: su instrumentalización. Una de sus metástasis más insidiosas es la del pensamiento automático: aquel que obedece incorpora el automatismo a sus movimientos, no cuestiona, no se pregunta, guarda silencio ante la destrucción que ocasiona. El silencio como forma de opresión. Recordemos a uno de los mejores testigos de cuanto aconteció en el siglo pasado, Stefan ZWEIG: el destierro como forma de silencio. En el exilio

> el grupo desorientado [se componía de] todos aquellos seres desgarrados que se habían refugiado en Suiza para sustraerse a la sospecha, que lo mismo los perseguía en la patria antigua que en la nueva. Por temor de comprometer a unos y a otros, evitaban hablar en cualquier idioma y se arrastraban como sombras, con su existencia rota, destrozada.[2]

El genocidio se gesta pues en el anverso vociferante y el reverso silencioso del lenguaje. Hablemos nosotros a media voz del lenguaje como coadyuvante del crimen, de las palabras como instrumento del odio, del silencio como destructor de los derechos humanos. Tenemos también que hablar de la moralidad del lenguaje y de la tendencia inherente del ser humano a destruir a sus semejantes.

¿Cómo contribuye el lenguaje al genocidio? Como instrumento deformante de la realidad y como herramienta de deshumanización. Por eso hablamos de moralidad.

---

[2] ZWEIG 1955: 254. Esta última idea, la del mayor sufrimiento de los más cultivados, la ha formulado también mucho después el profesor de historia Ferrán GALLEGO, especialista en la Alemania contemporánea, para el cual «quienes sufrieron con especial corpulencia [*sic*] esa tortura eficaz y sutil que es la usurpación del lenguaje fueron los [llamados] "hombres de espíritu", [educados] para organizar el mundo de acuerdo con un pensamiento construido mediante palabras atestadas de significado». En *Abc*, 30.7.2004.: «Nos quedan las palabras».

Más de una persona esbozará un gesto de fastidio o hastío al escuchar la palabra moralidad. Todos nuestros actos tienen consecuencias morales. Hay quienes se amparan en sus propios códigos éticos, pero no cabe duda de que los artistas, en general quienes crean a través del lenguaje, son también responsables morales de sus consecuencias, incluso aunque traten de ocultarse tras un código amoral: «Yo no hago juicios morales en mi obra», se afirma; no hacerlos ya es hacerlo, la omisión es acción. Escuchemos ahora al poeta MARINETTI en 1909, en vísperas de la carnicería de la Gran Guerra:

> Nosotros queremos glorificar la guerra, única higiene del mundo […] liberar [a Italia] de su fétida gangrena de profesores, arqueólogos, cicerones y anticuarios […] destrozar los museos, las bibliotecas, las academias de todo tipo […] (cit. en FUSI 2005: 21).

Estas palabras evocan acontecimientos no tan lejanos. Y en ellas resuenan los ecos de otras: *Plûtot la barbarie que l'ennui* fue el grito de T. Gautier que para STEINER simboliza «el perverso anhelo del caos» (1998: 27).

Evitemos las patentes de corso en este terreno. MARINETTI, artista, poeta, estaba sembrando las semillas del fascismo, igual que otros sembraron las del estalinismo. Por eso castigamos penalmente a los que niegan el Holocausto judío, si bien aquí nos adentramos en terreno espinoso: ¿por qué es delictivo negar ciertos genocidios y no lo es negar u ocultar, por ejemplo, el genocidio estalinista en Ucrania? Una pregunta más que merecería la pena contestar[3].

Avancemos desde la historia más lejana al presente.

Se está relatando en el Tribunal que juzga en La Haya los crímenes cometidos en Sierra Leona: en un poblado, unos niños soldado se abalanzan contra otro, le cercenan manos y pies y lo arrojan a un sumidero. ¿Con qué palabras describiremos estos hechos? El penalista debe hacerlo, encuadrarlos en un tipo penal, caso de que los autores comparecieran ante un tribunal. El jurista emplea conceptos asépticos: lesión, mutilación, órgano principal. Otros se estremecen de horror, intentan explicar cómo el ser humano llega a tales simas de abyección;

[3] Al redactar estas líneas para su publicación podemos leer, con cierto estupor que encuestas recientes realizadas en la Federación de Rusia señalan que Stalin sigue siendo uno de los personajes históricos favoritos del pueblo ruso. Pocos comentan la noticia en la prensa española. ¿Qué ocurriría si Hitler apareciera entre los resultados de una encuesta organizada en la Alemania de 2008?

intentan encontrar una salida que permita redimirlo en su humanidad perdida, arrojada al vertedero, despojada de la calidad de tal, lo que como veremos es la técnica propia del genocida. Los machetes cortan los miembros; las palabras cortan el delgado hilo que nos une mutuamente. Pero faltan palabras.

Ya nos recuerda Koestler la advertencia de Maquiavelo: mejor no nombrar lo innominable, así no existe. ¿Existe acaso lo que no puede nombrarse?

Rafael Lemkin creó en la postguerra el término «genocidio» para llenar el vacío de las lenguas occidentales para referirse o nombrar el exterminio masivo. ¿Cómo combatir lo que no se puede nombrar? A este respecto, A. GLUCKSMANN nos recuerda que en la Antigüedad hay numeroso vocablos para referirse a la capacidad de infligir dolor: la *menis* (cólera) de Aquiles, la *mania* (locura) de Áyax, la rabia dolorosa (*jolos*) de Electra,

> que hacen dudar a los traductores. Como si nuestro idioma […], educado y civilizado, careciera de palabras para designar la más violenta de las pasiones humanas, [el] odio primigenio (2005: 45).

¿Hablaremos quizá así de una inscripción genética del genocidio en el ser humano? Los investigadores modernos coinciden: el genocidio no es un una aberración psicológica; no parece haber pruebas de que sus autores sean unos enfermos mentales. STEINER nos lo ha recordado: la cámara de gas y Chopin eran perfectamente conciliables en algunas almas humanas. *Unless it is disproved, genocide must lie at the heart of human motivations*, afirma Henry HUTTENBACH (2003: 317). Nada que añadir al melancólico testimonio de Stefan ZWEIG, en sus últimas conversaciones con un Freud exiliado y enfermo en Londres, que le reconocía que veía «horrorosamente confirmada su opinión de que lo bárbaro, el afán de destrucción elemental, [es] inextinguible en el alma humana». Instintos estos que «subsistirían como fuerzas indestructibles» (1954: 394).

Y, aunque el salto de las palabras a los hechos salva un vacío de incalculables honduras, muchos somos los culpables de sembrar las semillas de la discordia. Semillas compuestas por palabras: el germen del odio.

El odio, dice GLUCKSMANN, es el acto de conservar y alimentar la cólera a base de relatarse historias terribles. Muchos pueblos o colectivos parecen necesitar relatarse fantasías históricas de un tiempo pretérito «en el que...» ¿Supondrá esto una manifestación del viejo mito de la caída y el Jardín del Edén? Una manera de reconstruir la realidad, desde las

imágenes medievales con cerdos y judíos, tan difundidas en Alemania y que aún pueden contemplarse en algunos edificios, religiosos o no, de este país, hasta las inconografías antisemitas de siglos posteriores. Reconstrucción a base de imágenes, mentiras o meras fábulas.

Por eso, insistimos en una moralidad del lenguaje, porque necesitamos ser conscientes de que nuestras palabras no ahondan la brecha entre unos y otros, porque nuestra responsabilidad moral en este sentido se resume en dos ideas: reconocer el derecho de los demás a expresarse y que nuestras palabras sean puentes de entendimiento. Todo lo que nuestras palabras tengan de «guerra de trincheras» socava el esfuerzo de entendimiento humano. En el fondo, todo lo que nos «atrinchera» nos empuja, siquiera milimétricamente, a la inhumanidad.

El lenguaje del genocidio es el desencadenante del pensamiento automático que este genera. Cuando palabras y actos han anulado la capacidad de discernimiento (moral y jurídico), la mente no reacciona al estímulo y la orden se ejecuta sin procesar sus consecuencias. No las procesamos, pero ello no nos exime de responsabilidad.

Recordemos a Charles Taylor, uno de los primeros caudillos que organizó en Liberia unidades de niños soldado. ¿Cómo comprender que buena parte de los padres y las madres de aquellos niños habían sido asesinados por las guerrillas de Taylor y que, pese a ello, los niños combatieran a su lado? ¿Qué dosis de inhumanización se había inoculado a las gentes que cantaban eslóganes como «mató a mi madre y mató a mi padre, pero voy a votar por Taylor»[4]?

Romper los esquematismos circulares del pensamiento automático es tarea ímproba: muchas veces solo puede lograrse años después de estar inmerso en él, cuando cabe reflexionar sobre el pasado, arrepentirse quizá de nuestra contribución a la hoguera colectiva (¿hay, entre paréntesis, alguna idea más estúpida que esa que circula de que nunca hay que arrepentirse de nada?). Hay dos ejemplos que me parecen importantes y que quiero citar aquí.

Algunos escritores, los hombres y mujeres de letras, se encuentran entre los que mejor han reflexionado sobre la capacidad de destrucción del yo que posee el lenguaje, el lenguaje que se asume acríticamente, que sustituye por clichés los mecanismos del pensamiento, que suplanta nuestro raciocinio por el de otros. Arthur KOESTLER y Jorge SEMPRÚN así nos lo han hecho ver. El primero nos recuerda dolorosamente cómo en los

[4] <http://www.globalpolicy.org/intljustice/tribunals/sierra/2007/0603liberiadivided.htm>

años 30 del siglo pasado la jerga del Partido Comunista en el que militaba se apoderaba de sus palabras siguiendo los dictados del estalinismo. Por ejemplo, para el Partido (con la mayúscula litúrgica, claro está, porque ya sabemos que el Partido era la Iglesia y fuera de este no había salvación), no había diferencia entre Inglaterra y la Alemania nazi:

> *Also, in Party parlance, everybody who was not on our side was a Fascist. The Socialists were 'Social-Fascists', the Catholics were 'Clerical-fascists', the Trotskyists were 'Trotsky-Fascists', and so on* (2005: 270).

La clave de estas ideas, quizá de toda esta intervención, es el esfuerzo consciente que han hecho estos grupos por eliminar al individuo de la esfera mental. Después de todo, si eliminamos los matices, borramos la individualidad que nos hace seres humanos, y el mecanismo lingüístico sirve así de soporte a la liquidación del adversario, según una terminología también muy querida del estalinismo. Por eso, suprimido el individuo, queda el «pueblo», el «proletariado», «la raza», las categorías asfixiantes.

Por su parte, Jorge Semprún tuvo el arrojo moral y la lucidez de exponer al escrutinio público los poemas que escribió a la muerte de Stalin (no fueron pocos los poetas que escribieron apesadumbrados a la muerte de Stalin, y no faltaron, desde luego, en nuestro país). Así, Semprún escribió:

> La clase obrera es huérfana […]
> Madrid se ha estremecido.
> No habla nadie
> en el camino triste hacia el trabajo.
> Madrid calla y recuerda.
> «¡Se nos ha muerto Stalin!» Su Partido
> proseguirá la ruta que abriera […]
> […] los que velan
> ese mundo ganado y defendido
> de Changai a Berlín
> más feliz cada día, engrandecido
> por la mano de Stalin,
> todos ellos son huérfanos.
> Se nos ha muerto el padre, el camarada,
> se nos ha muerto el Jefe y el Maestro,
> Capitán de los pueblos, Arquitecto
> del Comunismo en obras gigantescas […]
> (1977: 146-47).

La segunda clave es la idea de «nuestro lado», «nosotros» y «ellos». En pronombres tan nimios, en apariencia, se atesora la noción fundamental de pertenencia que es la hermana gemela, quizá el anverso de su reverso: la exclusión. Solo se excluye al que no pertenece o ha dejado de pertenecer al clan, descalificándole de forma sumaria. Julián MARÍAS, estandarte de concordia, lo expresó con mucha claridad en sus recuerdos de los prolegómenos a la Guerra Civil:

> Por las fechas que estoy evocando se empezó a llamar «fascismo» a cualquier cosa […] Pronto el calificativo «fascista» se fue extendiendo, y se aplicó a los moderados de cualquier tipo, a los republicanos […] poco después vino a ser el equivalente de «no marxista» […] Desde el otro lado, se generalizó el nombre «rojo», que igualmente se fue extendiendo hasta cubrir todo lo que no era «fascista» o extremadamente conservador […] No se pida claridad ni rigor a estos términos, porque carecían de ella; al contrario, eran deliberadamente contundentes.
>
> El resultado múltiple era: acentuar la oposición; eliminar en el vocabulario político lo que no era ni una cosa ni otra, y que era precisamente la mayoría; introducir un lenguaje peyorativo, que suscitaba la hostilidad y cortaba los puentes para el arreglo y la convivencia […] una nomenclatura que deformaba la realidad, que la falseaba (1988. 164-65).

Y continúa:

> Toda la campaña electoral [de 1936] forzaba la oposición entre los contendientes, lejos de toda coincidencia posible. Los matices se habían desvanecido […] parecía que cada grupo quisiera aumentar todo lo posible el número de sus enemigos y que además fueran irreconciliables (1988: 175).

El diagnóstico de MARÍAS es de una precisión quirúrgica, y se puede apoyar en afirmaciones incluso anteriores, como las palabras KOESTLER, testigo esencial de lo acaecido en el siglo XX (2005: 298). Sigue habiendo lugares en los que los conflictos se dirimen por las armas, en geografías lejanas que apenas situamos en los mapas o en lugares donde ahora mismo hay personas que podrían estar muriendo, siendo vejadas o deshumanizadas por el mero hecho de ser quienes son. ¿Hace falta insistir en la idea de responsabilidad moral?

La reflexión sobre el pasado personal, la exposición de los rincones menos diáfanos de nuestra trayectoria, como es el caso de KOESTLER y

SEMPRÚN, acaso sirva como faro moral para futuras generaciones. Nada más lejos que la inane glorificación de la coherencia, que también se escucha con alarmante frecuencia, como si la coherencia fuera en sí misma una virtud: Goebbels fue posiblemente unos de los hombres más coherentes y firmes en sus convicciones de todo el siglo XX.

Qué bueno sería que todos expusieran, hubieran expuesto, sin rubor, con la decencia de SEMPRÚN, lo que escribieron unos en loa de Franco, de Hitler, de Stalin, de Pol Pot, sin temor a desnudar en las biografías las palabras que, si no sembraron el odio, sirvieron para enmascarar el horror. Incluso un hombre que hizo tanto por la concordia de los españoles tras la Guerra Civil y cuya memoria tanto respeto como Dionisio Ridruejo suprimió de sus poesías completas los versos encendidos, aunque oblicuos y simbólicos, que escribiera al 18 de julio durante su paso por la División Azul en la campaña de Rusia.

Solo podemos recobrar las sombras de quienes fueron despojados de su humanidad. La deshumanización marca un antes y un después en el tiempo del ser humano: se era algo, se fue algo, que ya no se es. Lo han observado dos mentes agudas, pero separadas por años, creencias religiosas y posturas políticas: Julián MARÍAS y Viktor KLEMPERER. Y precisamente lo mucho que los separa hace más valiosa la coincidencia de su testimonio. KLEMPERER nos interesa sobre todo cuando nos habla de los años de germinación del nazismo, cuando él, filólogo de profesión, se dedicaba a anotar minuciosamente las nuevas palabras que surgían al amparo de tiempos cada vez más oscuros. Las palabras son testimonios del tiempo: siguiendo su curso vital aprendemos mucho de los tiempos que nos toca vivir. Señala KLEMPERER que el tema de las conversaciones entre judíos era: «¿Qué era yo, qué tenía yo antes?» (2003: 558). ¿Antes de qué? Antes de dejar de ser persona.

Julián MARÍAS expresa lo mismo al término de la Guerra Civil:

> Sería interesante cuantificar, en los discursos y las publicaciones de aquellos años, el uso del pretérito para nombrar todo lo ajeno, que se suponía permanentemente eliminado. He recordado la pregunta que me dirigió en la cárcel el director general de Prisiones en su visita: «Usted, ¿qué era?». Esta pregunta parecía dirigida a España en su conjunto, a la España anterior a 1936 o, en su otra mitad, a 1939 (1988: 329).

KLEMPERER insistió en que el nazismo mostraba una obsesión malsana por «lo eterno», sobre todo para ser un régimen tan poco apegado a la religión. Las dictaduras siempre han abundado en la idea del «hombre

nuevo». Estas palabras nos remiten a los crímenes del estalinismo: las 700000 ejecuciones (la cifra espanta en su inmensidad) de 1937-38 se enmarcaban en una campaña dirigida a eliminar a «las gentes del pasado» (BRUNETEAU 2006: 202). De catalogar a alguien en la tenebrosa categoría de «gente del pasado», que «era» algo y ya ha dejado de serlo, a eliminarlo hay muy poco trecho. Lo mismo ocurrió en la Guerra de los Balcanes, en la que el discurso nacionalista serbio desde 1990 estuvo insistiendo en la consideración de los musulmanes (bosnios) como «superviencia del pasado» (turco, probablemente) (BRUNEATEU 2006: 223).

Resurgido de las cenizas del pasado, el hombre nuevo caminaría con la frente bien alta en dirección a la Utopía. Lo que ocurre es que para que haya cenizas algo ha tenido que arder primero: libros de «autores degenerados», palacios de invierno, seres humanos que, encarnados en humo, yacen en su «tumba de nubes», como dice CELAN.

Algún día habrá que escribir, pues, sobre el espíritu que encierran estas fórmulas verbales, sobre la necesidad que experimentan los tiranos de lo que podríamos llamar la «demolición del pasado»[5].

Por eso emociona el episodio que KLEMPERER relata en sus diarios. Un atardecer, el judío KLEMPERER, marcado con su estrella pero milagrosamente ileso todavía por su matrimonio con una mujer aria, se cruza con un ciclista al atardecer. Y este le susurra unas palabras rápidas de pasada, antes de perderse en el crepúsculo: «¡Ánimo! Esto ya no puede durar mucho». Qué regocijo hallarse de nuevo, siquiera fugazmente, entre los humanos.

Una última consideración, que solamente voy a plantear y que posiblemente exigiera un análisis más detallado. Me refiero al abuso del término 'genocidio', que aplicado con poco rigor o de forma indiscriminada termina socavando su fuerza expresiva. Si se habla del «genocidio animal» o «genocidio vegetal», o si se califica de «genocidio cultural» muchas acciones de menor trascendencia, como muchas veces se hace, el concepto pierde identidad, se desvaloriza y, como han señalado, entre otros Arcadi Espada, pierde legitimidad a la hora de aplicarse a escenarios genocidas reales. También es muy problemática la extensión del concepto a acciones muy remotas en las que no siempre se

[5] Recordemos aquí, siquiera brevemente, la irónica amargura con la que R. KAPUSCINSKI nos relata las vicisitudes de la demolición de la magna iglesia del Salvador en Moscú y la delirante historia del proyecto de construcción del ciclópeo Palacio de los Soviets por parte de Stalin (1994: 119-120).

advierte el elemento anímico que lo caracteriza. ¿Cometió un genocidio Roma en Cartago? Queden meramente delineadas estas cuestiones.

Hay que recordar finalmente que hablamos de lenguaje, y, por tanto, debemos referirnos a quienes trabajan en este terreno, a los filólogos, y también a uno de los colectivos protagonistas de este encuentro: los traductores. ¿Y cuál es el papel del traductor en todo esto? Los necesitamos como intermediadores entre el discurso deshumanizado y nosotros. Además, siempre ha existido, pero parece agudizarse el interés por estudiar el genocidio, sobre todo en algunos círculos académicos y universitarios. Véase así la *Encyclopedia of Mass Violence* <www.massviolenc.org> o ciertas revistas electrónicas (*Genocide Studies*); sin embargo, no hay mucho trabajo sobre el lenguaje y el genocidio, aparte de las obras seminales de Viktor KLEMPERER y las aportaciones de George STEINER o George Orwell. Con todo, no comparto la culpa colectiva que ya George STEINER en los años 70 quiso infligir a la lengua alemana por haber sido mensajera del odio y la muerte del pueblo judío, cuando en siglos anteriores había sido uno de los principales vehículos de transmisión de cultura. Idea que, por cierto, ha reaparecido hace muy poco tiempo en el Parlamento israelí cuando algunos diputados extremistas reprochaban ruidosamente a Angela Merkel que se dirigiera a la Cámara en alemán. La lengua es un instrumento poderoso pero inocente, es una herramienta maleable en el fuego y el yunque de las ideas.

Falta mucho por saber sobre el empleo del lenguaje en los regímenes genocidas de Ruanda, Camboya, la Turquía del siglo XIX… y falta mucho por conocerlo de primera mano, para lo cual queda una labor esencial que debe correr a cargo de traductores. Así recordarán aquellas nobles palabras de ZWEIG a propósito de la labor silenciosa, paciente, nostálgica e ingrata del traductor, aun cuando:

> esta modesta actividad me proporcionó por primera vez la certeza de que hacía algo que, en verdad, tenía sentido, que justificaba mi existencia (1954: 103-04).

Para terminar: queremos hablar del genocidio, de las palabras que conducen a él, de las que desvelan sus claves más recónditas. Hablamos del genocidio, pero desde el negro telón de fondo de un pasado que se obstina en regresar en una sangrienta danza macabra, desde un presente en el que efectuamos disquisiciones meramente académicas para diferenciar «genocidio» de «políticas de consecuencias genocidas», en el

que se imponen larguísimas horas de negociación internacional antes de atreverse a emplear la palabra «genocidio» en un documento oficial, cuando el testimonio de miles de muertos es más que evidente (Darfur). En ese momento, el genocidio habla también de nosotros.

Bibliografía

BRUNETEAU, B. (2006) *El siglo de los genocidios*, Alianza Editorial, Madrid.
FUSI, J. P. (2003) *La patria lejana. El nacionalismo en el siglo XX*, Taurus, Madrid.
GLUCKSMANN, A. (2005) *El discurso del odio*, Taurus, Madrid.
HUTTENBACH Henry R. (2003) «On Learning the Language of Genocide: Totalitarian German and the Holocaust», 317-319 en *Journal of Genocide Resarch* 5.2.
KLEMPERER, V. (2003) *Quiero dar testimonio hasta el final. Diarios 1933-1941*, Galaxia Gutenberg / Círculo de lectores, Barcelona.
KOESTLER, A. (2005 [1954]) *The invisible writing*, Vintage, Londres.
LINN, R. (2003) «Genocide and the Politics of Remembering: The Nameless, the Celebrated and the Would-be Holocaust Heroes», 565-586 en *Journal of Genocide Research* 5.4.
MARÍAS, J. (1988) *Una vida presente. Memorias*, Alianza Editorial, Madrid.
KAPUSCINSKI, R. (1994) *El imperio*, Anagrama, Barcelona.
SEMPRÚN, J. (1977) *Autobiografía de Federico Sánchez*, Planeta, Barcelona.
STEINER, G. (1998) *En el castillo de Barbazul. Aproximación a un nuevo concepto de cultura*, Gedisa, Barcelona.
ZWEIG, S. (1955) *El mundo de ayer*, Hispano Americana de Ediciones, Barcelona.